

grado al servicio de su amiguita tesoros de coquetería, que no le servían á ella.

Mr. Chebe, empero, siempre hostil á los de Fromont, veía con malos ojos aquella creciente intimidación; aunque si vale decir la verdad, la verdadera razón de su enojo era que no lo convidaban á él. Sino que, por bien parecer, daba otras razones, en cierto modo aceptables, diciendo á su mujer en sòn de padre solícito:

—¿No ves que la niña, triste y pesarosa cuando vuelve de allá, pasa horas enteras distraendo sus penas en la ventana del rellano?

Pero la pobre mujer, tan desgraciada desde el punto mismo de su casamiento, habla llegado á ser imprevisora. Y sostenía que es menester gozar el presente por temor del porvenir, coger la felicidad cuando pasa, puesto que las más veces no se tiene en la vida más consuelo que el recuerdo de una niñez dichosa.

Esta vez se halló que Mr. Chebe tenía razón.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

III

HISTORIA

de la

NIÑA

Sidonia

Las Perlas
Falsas



DESPUÉS de dos ó tres años de intimidad, de juegos comunes, años en que Sidonia se asimiló los hábitos del lujo y las graciosas maneras de las niñas

ricas, se interrumpió súbitamente la amistad.

Tiempo hacía ya que el primo Jorge, cuyo tutor era Mr. Fromont, había ingresado en un colegio. Clara, á su vez, entró de educanda en un convento con un ajuar de reina; y precisamente á la sazón hubo de tratarse y resolverse por los padres de Sidonia enviarla al aprendizaje de un oficio. Con esto, se prometieron eterno cariño y verse todos los domingos de salida, que eran dos mensualmente.

29920

En efecto, la niña Sidonia bajó todavía algunas veces á jugar con sus amigos; sino que á proporción que iba creciendo, más aína comprendía la gran distancia que los separaba, y todavía aguzaba esta punzante idea el parangón de su ropa, que ya comenzaba á parecerle demasiado humilde para el fausto de la casa de los señores Fromont.

Cuando á dicha sólo estaban los tres juntos, la amistad de la infancia, que los hacía iguales ante la dichosa inocencia angelical, no destilaba sobre ellos ninguna gota de hiel; pero solían venir visitas, otras amigas de colegio y entre ellas una niña bien crecida y mejor puesta, que la doncella de su casa llevaba los domingos á jugar con los niños de Fromont.

Sólo al verla subir la escalinata, galana siempre y desdeñosa, dábanle ganas á Sidonia de irse sin más demora. La otra la embarazaba y aburría con indiscretas preguntas, como por ejemplo: ¿Dónde vivía? ¿Qué eran sus padres? ¿Cómo era su carruaje?

Oyéndolas hablar del convento, de sus amigas, de sus labores y recreos, sentía Sidonia que vivían en un mundo aparte, á cien leguas del suyo; y deslizábase en su alma una tristeza mortal, sobre todo cuando de regreso á su casa le hablaba su madre de entrar de aprendiz con Mlle. Le-Mire, amiga de las de Delobelle, la cual tenía en la calle del *Roi-Doré* un grande almacén de perlas falsas.

Risler apoyaba con mucho empeño la idea del aprendizaje de la niña.

—Que aprenda ella un oficio—decía el honrado y bondadoso industrial—y más tarde yo me encargo de establecerla.

Á dicha, Mlle. Le-Mire trataba de retirarse dentro de algunos años, y esto ofrecía favorable coyuntura.

Una mañana, triste mañana de noviembre, condújola su padre á la calle del *Roi-Doré* y al cuarto piso

de una casa vieja, más vieja y lóbrega aún que la suya.

Abajo, al extremo del pasillo, había colgados varios anuncios que en letras doradas decían: *Fábrica de neceseres, cadenas de dublé, juguetes de niño, instrumentos de precisión de cristal, ramilletes para casadas y doncellas de honor, especialidad de flores naturales*; en todo lo alto había una como urna ó escaparate de pulverientos vidrios donde sartas de amarillentas perlas y racimos de uvas y cerezas contrahechas rodeaban el presuntuoso nombre de ANGELINA LE-MIRE.

¡Horrible casa!



Ni siquiera tenía aquel amplio rellano de los Chebe, sombrío de vejez, pero alegre por su ventana y el bello horizonte que la fábrica ofrece... Una escalera estrecha, una puerta estrecha, una sucesión de piezas enladrilladas, pequeñas y frías todas, y en la última una solterona fea y vieja, con su cerco de bucles, sus confortantes de redecilla de seda negra en actitud de leer una grasienta entrega del *Diario para todos*, que dejó á su pesar al parecer.

Mlle. Le-Mire, en una palabra, recibió al padre y á la hija, sin levantarse, habló extensamente de su posición perdida, de su padre, antiguo hidalgo del Rouergue (que dió siempre mucha fruta de esta especie) y de un mayordomo infiel que se lo había llevado todo. Con esto fué ya simpática á Mr. Chebe, para quien tenían los arruinados atractivo irresistible, y hecha la presentación, se retiró el bueno del rentista prendado de la solterona y prometiendo á su hija que volvería á buscarla á las siete de la noche, según lo convenido.

La tarea de Sidonia se reducía á escoger perlas y ensartarlas en hilos de igual longitud, que se anudaban juntos para la venta al por mayor. Pero las operarias, que habían de llegar muy luégo, le enseñarían más puntual y menudamente lo que tenía que hacer, pues Mlle. Le-Mire, en una palabra, no se mezclaba en nada y vigilaba su hacienda desde muy lejos, desde el fondo de aquel cuarto oscuro, donde pasaba la vida leyendo folletines.

Á las nueve llegaron, en efecto, las operarias, que eran hasta cinco mozas pálidas, mustias, miserablemente vestidas, pero muy bien peinadas, eso sí, con la presunción de las operarias pobres que van descobijadas por las calles de París.

Algunas de ellas bostezaban grandemente frotándose los ojos de sueño. ¿Quién sabe lo que habrían hecho de la noche?

En fin, pusieron manos á la obra al rededor de una mesa grande, donde cada cual tenía su cajón y sus utensilios. Se acababa de recibir un pedido de joyas de luto y era menester darse prisa. Sidonia, á quien la oficiala mayor había puesto al corriente en su labor con un tono de superioridad facultativo, comenzó á escoger melancólicamente un sin número de perlas negras, cuentas de casis y espigas de crespón.

Las demás operarias, sin ocuparse de la rapaza, pla-

ticaban entre sí trabajando al mismo tiempo. Hablaban de un casamiento de muchas campanillas, como decían ellas, que había de hacerse aquel mismo día en San Gervasio.

—¿Vamos á verlo?—dijo una roja llamada Malvina.
—Es á las doce y tendríamos tiempo para ir y venir, como fuéramos de priesa.

Y efectivamente, á la hora de almorzar, las tres *Gracias* y dos más, que eran ya cinco, bajaron á saltos las escaleras.

Sidonia había llevado su almuerzo en un canastillo como una alumna, y con despecho comió sola por la primera vez á un ángulo de la mesa. ¡Oh Dios! ¡Qué miserable y triste le parecía la vida, y qué desquite había de tomar tan temerario de todos estos sinsabores y tristezas!...

Á la una volvían de su correría las cinco susodichas, gárrulas y animadas.

—¿Habéis visto bien el traje de la novia?

—Vestido de grò blanco.

—Y velo de punto de Inglaterra.

—He ahí una mujer de suerte.

Después de esta especie de proemio, siguieron todas las observaciones que habían hecho en la iglesia mentalmente ó en voz baja, de codos en la balaustrada durante la ceremonia. El asunto del dichoso casamiento, de las galas y atavíos de la novia, dió de sí materia de conversación para todo el día, sin menoscabo del trabajo, que antes bien cundía con la animación de la palabra.

Estas industrias menores, que se refieren al tocador, al traje, por sus más menudos detalles, ponen á las operarias al tanto de la moda y les dan eternas preocupaciones de elegancia y lujo. Para las pobres muchachas que trabajaban en el cuarto piso de Mlle. Le-Mire, las paredes negras y la calle estrecha no

existían, como quiera que pensaban en otra cosa, pasando el tiempo y aun su vida preguntándose, por ejemplo:

—Dí, Malvina, ¿qué harías tú, si fueras rica?

—Yo viviría en los Campos Elíseos.

Y sus grandes árboles, y los carruajes que, ligeros ó pausados, ruedan por allá, les producían una visión momentánea, pero deliciosa.

Sidonia, en su aislamiento, escuchaba sin decir una palabra, montando sus racimos de uvas negras con la precoz destreza y buen gusto que había adquirido con la amistad de Desiderata. Con esto, cuando á la noche vino su padre por ella, le dieron mil norabuenas.

Desde entonces, todos los días fueron iguales para la aprendiz. El día siguiente, en lugar de perlas negras, hubo de montar perlas blancas y cuentas de coral falso, pues dicho se está que, en casa de Mlle. Le Mire, no se trabajaba sino en falso, y precisamente allí debía hacer el aprendizaje de su vida la hija de Mr. Chebe.

Por espacio de algún tiempo, la pobre aprendiz, más joven y mejor criada que las otras operarias, hallábase aislada y como á solas en medio de ellas; pero luégo que fué creciendo, fué admitida amistosamente en sus confidencias, aunque sin participar nunca de sus placeres. Era demasiado altiva para ir al medio día á ver casamientos, y cuando oía hablar de un baile nocturno en el *Waux-Hall*, ó en las *Delicias del Marais*, ó de una casa de lo *superfino* en los *Sargentos de la Rochela*, no sino lo oía como quien oye llover.

—Tú calzas más puntos, Sidonia ¿eh?

Por otra parte, su padre iba todas las noches á llevarse la bien acompañada. Á veces, sin embargo, á fines de año, tenía que velar con las otras para terminar la obra de pedidos urgentes, y á la luz del gas daba lástima de ver á aquellas mozas pálidas, escogien-

do perlas blancas como ellas, de un blancor mate y doliente. Tenían el mismo esplendor facticio, la misma fragilidad de las falsas joyas. No hablaban más que de bailes de máscaras, de teatros, etcétera.

—¿Viste á Adela Page en los *Tres Mosqueteros*? ¿Y á la Melinga? ¿Y á María Laurent? ¡Oh! la Laurent!...

Los justillos de los actores y los bordados trajes de las reinas de melodrama se les aparecían en el blanco reflejo de las sartas que llevaban entre manos.

En la estación de verano, aflojaba naturalmente la obra: era el tiempo muerto de la demanda. Entonces, en lo más fatigoso del calor, cuando al través de las cerradas persianas se oía á los revendedores vocear las mirabelas y las ciruelas claudias, dormíanse las obreras reclinando la pesada cabeza en la mesa de trabajo. Á veces iba Malvina á pedir á Mlle. Le-Mire una entrega del *Diario para todos*, que leía en alta voz.

Pero Sidonia no gustaba de novelas, como quiera que otra, más interesante que todas, le llenaba la cabeza.

Nada había podido hacer que olvidara la fábrica de Fromont. Al salir de su casa, del brazo de su padre, todos los días echaba una codiciosa ojeada á su tierra de promisión. En aquel momento se despertaban los talleres. Sidonia oía de paso los gritos de los tiradores, los sordos golpes de la estampación, el aliento poderoso y rítmico de las máquinas; y todos estos rumores del trabajo, confundidos en su memoria con recuerdos de fiestas, de cupés azules, de elegancia y lujo, la perseguían obstinadamente.

Esto hablaba más alto que el ruido de los ómnibus, la gritería de las calles y las cascadas de los arroyos; y hasta en el taller, cuando escogía las perlas falsas, y hasta en la casa paterna, cuando volvía por la noche á respirar el aire del rellano y á mirar por su ventana la desierta y muda fábrica, aquel supremo murmullo

zumbaba siempre á su oído, formando como un acompañamiento infinito á su idea fija.

— La niña se apena, madama Chebe. Es preciso distraerla: el domingo que viene iremos todos al campo.

Estos paseos del domingo, que el bueno de Risler organizaba para distraer á Sidonia, no hacían sino entristecerla más y más.

Estos días, había que levantarse de madrugada porque los pobres compran todos sus placeres, y siempre había algún trajo viejo que componer á última hora, alguna guarnición que arreglar para rejuvenecer ó dar aire de novedad al eterno vestido de color de lila con listas blancas que la solícita madre alargaba á medida que la muchacha crecía.

Y todos partían juntos, los Chebes, los Risler, el ilustre Delobelle: únicamente Desiderata y su madre no eran de la partida. La pobre cojita, humillada con su desgracia, no quería moverse nunca de su butaca, y su madre estaba siempre en casa para acompañarla. Fuera de esto, ni una ni otra tenía un traje conveniente para mostrarse en público al lado del grande hombre: hubiera sido destruir todo el efecto de su elegante porte.

Al principio se alegraba un poco Sidonia. Este París con sus rosadas brumas de las mañanas de Julio, las estaciones llenas de trajes claros y elegantes, el campo, desarrollándose mágicamente al raudo andar de los wagones; y luego el ejercicio, ese gran baño de aire puro, impregnado de agua del Sena y aromado por los floridos prados; y las doradas mieses, y el otero y la cabra y el pastor... todo esto la distraja un momento; mas luego al punto recaía en su nostalgia, pues dejaba atrás su tierra... prometida.

Y siempre así.

Deteníanse en un figón al aire libre en vísperas de una fiesta rural, tan bulliciosa como alegre, porque

necesitaba público el ilustre Delobelle, que mecido siempre por su otra quimera iba allá vestido de gris, calzado de gris, con su sombrerito á la oreja; su claro sobretodo al brazo, figurándose que el teatro representaba un campo de los afueras de París y que representaba él á un parisiense en *villeggiatura*.

En cuanto á Mr. Chebe, que se jactaba de amar la naturaleza como Juan Jacobo (que en paz descanse) no la comprendía sino con mucho movimiento, mucho polvo y no poca ni mala pitanza, lo cual era también para su esposa el ideal de su vida campestre, bien que no tuviera afición ninguna al polvo.

Sidonia, dicho se está, tenía otro ideal muy distinto; y aquellos domingos parisienses, paseados tan alegremente por las calles de los pueblos rurales, le causaban indecible tristeza. Su único placer en tales expediciones era sentirse mirada, admirada. Esta admiración, siquiera fuera de un rústico, expresada en alta voz, con toda ingenuidad, al lado ó enfrente de ella, le hacía sonreír y aun reír muy complacida, pues era de aquellas que no desdeñan ningún requiebro.

Á veces, dejando á los demás en la fiesta, ibase Risler á campo traviesa con su hermano y la rapaza, á buscar flores, ó mejor dicho, modelos para sus dibujos. El corpulento Franz cimbraba las altas ramas de oxiacanto, ó trepaba al muro de un parque para coger un ramo visto desde abajo. Pero donde hacían su agosto, por decirlo así, era á orillas del agua.

Hay allí esas plantas flexibles de largos y encorvados tallos que tienen tanta gracia en los tapices, grandes cañas rectas, y volúbilis cuya flor, abriéndose de pronto en los caprichos del dibujo, no sino parece una cara viviente, la cara de alguien que nos mira en medio de la indecisión encantadora del follaje. Risler agrupaba sus ramos, los disponía artísticamente, inspirándose en la naturaleza misma de las plantas.

procurando comprender bien la animación de su fresca vida, que se evapora y pierde luégo que un día de fatiga ha pasado por ellas.

Hecho el estudio, ataba el manojo con un tallo de yerba á manera de cinta y se lo echaba al hombro á su hermano Franz, volviendo al punto de partida. Preocupado siempre con su arte, seguía Risler buscando por el camino asuntos y combinaciones.

—Mira, pequeña, mira aquel tallo de lirio con su cabeza blanca entre aquellos agabanzos. ¿Qué te parece? Sobre un fondo verdemar ó gris de lana sería cosa linda ¿eh?

Pero Sidonia no gustaba más de los lirios que de los agabanzos. Las flores del campo le parecían flores de pobres, algo que estaba en el tono ó gusto de su vestido lila.

Bien se acordaba de haber visto otras flores en casa de Mr. Gardinois, en la quinta de Savigny, en los invernáculos, sobre los balaustres, en los jarrones que rodeaban el arenado patio.

Estas, y no otras, eran las flores que le gustaban á ella, y así, y no de otro modo, comprendía el campo.

Este recuerdo de Savigny se le ofrecía á cada paso. Cuando pasaban por delante de la verja de un parque, se detenía á mirar la calle recta que debía conducir á la escalinata. Los céspedes sombreados regularmente por árboles pomposos y los tranquilos terrazos á orillas del agua, recordábanle infaliblemente otros céspedes y otros terrazos; y estas visiones de lujo, mezcladas con sus recuerdos, hacían más tristes aún sus expediciones domingueras. Pero la vuelta, sobre todo, la desconsolaba.

¡Están á estas horas tan llenas y sofocadas las estaciones de las cercanías de París!... ¡Qué de alegrías facticias! ¡Qué de risotadas estúpidas! ¡Qué de canciones á voz exhausta, extenuada, sin mas fuerza que

para aullar!... Y sin embargo, aquí estaba muy bien hallado y como quien dice en su elemento, Mr. Chebe.

Podía atropellar impunemente y precipitarse y tomar posesión de la ventanilla del despacho, indignarse de los retrasos del tren, tomar por su cuenta al jefe de la estación, á la compañía entera y hasta al mismo gobierno, decir á Delobelle en alta voz para que lo oyeran los circunstantes:

—¿Qué le parece á V.? ¡Si esto pasara en América!..

—Ciertamente—contestaba con mímica expresión el ilustre comediante.

Y el tono magistral con que lo decía, su aire de superioridad hacía suponer al rededor de ellos que estos señores sabían exactamente lo que en semejantes casos pasaba en América. Absolutamente lo ignoraban así el uno como el otro; pero entre la multitud esto les daba importancia.

Sentada al lado de Franz con la mitad del ramo en las rodillas, estaba la niña Sidonia como aniquilada en medio de aquel tumulto esperando los trenes de la noche. Desde la estación alumbrada por una sola luz, veía allá fuera grandes masas de sombra atravesadas á trechos por las últimas luces de la fiesta, una calle de negror más denso, gente que acudía presurosa y un reverbero en un malecón desierto.

De vez en cuando, por detrás de las puertas vidrieras, pasaba un tren sin detenerse entre nubes de vapor y rojos centelleos. Entonces estallaba en la estación una tempestad de gritos y precipitados pasos, sobre la cual se cernía el soprano de Mr. Chebe, que clamaba diciendo con su voz de gaviota:

—¡Derribad las puertas! ¡derribad las puertas!

Pero de hacerlo él por sí se hubiera guardado muy bien, porque tenía miedo cerval á los gendarmes.

Al cabo de un momento, había pasado la tempestad. Fatigadas por el tragín y desgrednadas por el aire ó

por el tragín mismo, dormíanse en las banquetas las mujeres. Veíanse allí vestidos desgarrados, efectos rotos y otros percances de la fiesta.

Sobre todo, el polvo se respiraba allí hasta más no poder: caía de todas las ropas, subía de todos los pasos, oscurecía la luz, escoriaba los ojos, turbaba la vista, formaba como una nube por encima de los ajados rostros. Los wagones donde se embarcaron al fin, después de tal fatiga y tanta espera, estaban también llenos de polvo. Sidonia bajó los vidrios y se puso á mirar la negra llanura, línea de sombra infinita. Muy luégo, como innúmeras estrellas, los primeros reverberos de los bulevares exteriores comenzaron á brillar junto á las fortificaciones.

El terrible día de descanso de toda aquella pobre gente había terminado. La vista de París recordaba á cada cual su trabajo del día siguiente. Por triste que hubiera sido su domingo, Sidonia empezó á sentirlo: pensaba con los ricos, para quienes todos los días de la vida son días de fiesta y de reposo; y vagamente como en la visión de un sueño, las largas calles de los parques entrevistos aquel día, se le representaron llenas de esos dichosos del mundo paseándose sobre fina y blanda arena, mientras de rejas afuera, en el polvo del camino, el domingo de los pobres se iba á más andar, teniendo apenas tiempo para mirar un momento y envidiar.

Desde los trece á los diez y siete años esta fué la vida de la infeliz Sidonia.

Los años se sucedían sin traer consigo el menor cambio. La cachemira de madama Chebe se había estropeado más; el vestido lila de Sidonia había sufrido algunas composturas y adiciones, pero ni más ni menos. Cierta que á medida que iba creciendo Sidonia, el suizo Franz, que era ya un mocetón, la miraba con mejores ojos y le tenía atenciones de enamorado,

obvias para todos; pero la moza ni siquiera lo había notado. Verdad es que nada le interesaba.

En el taller hacía su tarea regular y silenciosamente; pero esto, como todo lo que hacía, tenía como un sello de interinidad, de entretanto, de espera.

Franz, al contrario, de algún tiempo atrás se aplicaba á sus libros con singular ardor, con todo el afán de los que ven algo al cabo de sus esfuerzos; de tal manera que á los veinticuatro años de edad salía de la Escuela Central con el título de ingeniero.

Aquella feliz noche, el hermano mayor llevó al Gimnasio á la familia de Chebe, y durante toda la función, la madre de Sidonia y él se estuvieron haciendo señas de inteligencia á espaldas de los novios. Á la salida, la misma madre hubo de enlazarlos del brazo, como quien quisiera autorizar al reservado amante para que hiciera su declaración y se despachara á su gusto.

Y en efecto, el pobre muchacho se propuso hacerlo así dando de lado á la reserva impuesta por su misma timidez.

El camino era largo: desde el Gimnasio al *Marais*. Apenas se han andado algunos pasos, cuando se apaga el esplendor del bulevar, las calles se ponen más sombrías y los transeuntes son más y más raros. Franz comenzó por hablar de la función: era muy aficionado á las comedias en que había sentimiento, y así lo dijo.

—¿Y V., Sidonia?

—¡Oh! Yo... con tal que haya elegancia y...

La verdad es que en el teatro no se ocupaba en otra cosa. No era ella de las sentimentales á la Bovary que vuelven del espectáculo con frases de amor ya hechas, con un ideal de convención; no. El teatro únicamente le daba locos deseos de elegancia, de lujo, y sólo sacaba de él modelos de tocados y patrones de vestidos. Los trajes nuevos y exagerados de las actrices, su modo de andar y hasta sus entonaciones falsamente

aristocráticas que le parecían á ella la suprema distinción; y con esto el oropel y las luces que la deslumbraban, el cartel resplandeciente á la puerta, los carruajes esperando, todo aquél ruido algo malsano que se hace al rededor de una función en voga... he aquí lo que gustaba á Sidonia.

El enamorado Franz continuó:

— ¡Qué bien han representado la escena de amor! Y al pronunciar esta palabra capital, se inclinó tíernameñte sobre una linda cabeza, cabeza rodeada de una nube de blanquísima lana, contrastando con sus oscuros cabellos.

Sidonia suspiró.

— ¡Oh! sí... la escena de amor... ¡Qué preciosos diamantes llevaba la dama!

Hubo un instante de silencio.

El pobre Franz tenía mucha dificultad en explicarse: las palabras que buscaba eran las que no le acudían, y además el temor lo poseía y embargaba. Así es que, para hablar, se iba dando términos.

— Luégo que pasemos la puerta de Saint Denis... En cuanto salgamos del bulevar...

Pero allí se ponía á hablar Sidonia de cosas tan indiferentes, que la declaración de Franz se helaba en sus labios, ó bien eran detenidos por un carruaje que daba tiempo á la familia para alcanzarlos.

En fin, ya en el *Marais* se decidió de repente.

— Escuche V., Sidonia... yo la amo...

Aquella noche se había velado hasta muy tarde en casa de Delobelle.

Era costumbre de las animosas mujeres prolongar todo lo posible las horas de trabajo, de tal modo que la luz de su taller era de las últimas que se apagaban en la tranquila Calle de *Braque*. Para acostarse, esperaban siempre al grande hombre, cuya cena, bastante confortable, guardaban al calor en el rescoldo del hogar.

Allá cuando representaba, tenía esto su razón de ser: obligados los comediantes á comer temprano y muy ligeramente, salen del teatro con bastante apetito y comen bien al volver á casa. Delobelle no trabajaba ya hacía mucho tiempo; pero no teniendo el derecho, como él decía, de renunciar al teatro, conservaba su manía con una multitud de hábitos de cómico de la legua, y su cena trasnochada formaba parte de ellos, como su retirada siempre á deshora, pues no se recogía nunca hasta que el último teatro del bulevar había apagado su gas. Acostarse sin cenar á la hora que los demás mortales hubiera sido abdicar, renunciar á la lucha. Y él no renunciaba ¡vive Dios!

La noche á que aludimos, no había vuelto aún el ilustre comediante y esperábanlo las dos mártires trabajando y departiendo, muy animadas por cierto, á pesar de lo avanzado de la hora. Toda la noche no habían hecho más que hablar de Franz, de su aplicación, de su triunfo, del porvenir que se abría á sus ojos.

— Ahora — decía la madre — no le falta más que encontrar una buena esposa.

Este era también el parecer de Desiderata. No faltaba más que esto á la felicidad del buen Franz, una buena mujer, honrada, laboriosa, infatigable, que todo lo olvidara por él. Y si Desiderata hablaba de esto con tal seguridad, era porque conocía muy íntimamente á la mujer que tanto convenía á Franz Risler. Tenía de edad un año menos que él, precisamente lo que es menester para ser más joven que el marido y poder servirle de madre al mismo tiempo.

¿Hermosa?

No hermosa precisamente; pero más bien agraciada que fea, á pesar de su cojera, porque la pobre cojeaba, dicho sea sin agravio. Y luégo fina, despierta y sobre todo cariñosa. Nadie, sino Desiderata, sabía hasta qué punto amaba á Franz aquella mujer y cómo pensaba

en él noche y día, de mucho tiempo atrás. Ni él mismo lo había notado, y parecía no tener ojos más que para Sidonia, que era una picarilla. Pero no importa; es tan elocuente el amor silencioso!... y hay tal y tanta fuerza en los sentimientos reprimidos!... ¿Quién sabe? Acaso un día ú otro...

Y la cojita, inclinada sobre su eterna labor, partía para uno de esos largos viajes al país de las quimeras; viajes que hacía con frecuencia en su butaca de impotencia con los piés apoyados en el inmóvil taburete; viajes maravillosos de que volvía siempre sonriente y feliz, apoyándose en el brazo de Franz con toda la confianza de esposa amante.

Siguiendo sus dedos el sueño de su corazón, el pajarillo que arreglaba en aquel momento parecía que era también del viaje y que anhelaba volar allá lejos, muy lejos, alegre y ligero como ella.

De pronto se abrió la puerta.

— Si no molesto á ustedes... — dijo una voz triunfante.

La madre, ya un tanto adormecida, levantó súbitamente la cabeza.

— ¡ Ah! ¿ Es Franz? Adelante, Franz, adelante. Ya lo ve usted, estamos esperando á Delobelle. Estos artistas se retiran siempre tan tarde... Siéntese usted y cenará con él.

— ¡ Oh! no; muchas gracias — contestó el joven suizo, cuyos labios estaban aún pálidos y temblorosos de emoción. — Muchas gracias; no puedo detenerme... He visto luz aquí y entro sólo para decir á ustedes... para darles una noticia que ha de gustarles, puesto que tanto me estiman.

— ¿ De qué pues se trata ?

— Hay palabra de casamiento entre Franz Risler y Mlle. Sidonia Chebe.

— ¡ Ah! Cuando yo decía que no le faltaba más que

una buena esposa! — exclamó la señora mayor levantándose para abrazarlo.

Desiderata no tuvo fuerzas para decir una palabra. Inclinóse más sobre su obra, y como Franz tenía los ojos exclusivamente fijos en su dicha y la madre sólo miraba al reló para calcular el regreso de su esposo, nadie echó de ver la profunda emoción de la infeliz cojita, su palidez mortal, el convulsivo temblor del pajarito inmóvil entre sus dedos, con la cabeza caída como un pájaro herido de muerte.

